

El proceso catecumenal en la *Catechesi Tradendae*

CASIANO FLORISTÁN

Se denomina *proceso catecumenal* al itinerario educativo de fe llevado a cabo en grupo, durante unas etapas, con jóvenes o adultos convertidos que desean formar parte de la Iglesia en una comunidad cristiana ¹. En el caso de la iniciación estricta (catequesis prebautismal), los candidatos se disponen a ser bautizados al final del catecumenado; en la reiniciación (catequesis postbautismal), los ingresados ya bautizados se preparan a participar en los sacramentos de la penitencia y eucaristía para volver a recuperar una existencia personal cristiana, que no tuvieron o abandonaron en un momento dado. En ambos casos, la catequesis de adultos requerida —estrictamente catecumenal o de inspiración catecumenal— es semejante, ya que las demandas profundas de los no bautizados convertidos coinciden con las de los bautizados asimismo convertidos: querer ser cristianos, tomar parte en una comunidad eclesial y vivir personalmente el régimen de la fe-conversión en el seguimiento de Jesús mediante un compromiso adecuado. Lo que diferencia uno y otro proceso es el régimen sacramental.

No pretendo aquí examinar toda la complejidad del proceso catecumenal, sino estudiarlo en las *Proposiciones* que hizo el IV Sínodo de los Obispos de 1977 y compararlo con lo aportado por la exhortación apostólica *Catechesi Tradendae*, publicada el 16 de octubre de 1979, hace justamente diez años.

¹ Cf. mi libro *Para comprender el catecumenado*, Verbo Divino, Estella 1989, cap. 17, 20 y 21.

1. ACTUALIDAD DE LA CATEQUESIS CATECUMENAL

En muchos países de vieja tradición cristiana, la catequesis de adultos tomó la delantera al catecumenado, en su doble versión de iniciación o reiniciación. Con todo, la catequesis de niños o de adolescentes había tenido durante siglos más importancia que la catequesis de jóvenes o de adultos. El pueblo cristiano, deficientemente formado, se instruía en el seno familiar, en la preparación a la primera comunión y en la predicación dominical. Al considerarse todo el pueblo bautizado como sinónimo de creyente, la preocupación era devocional o litúrgica, no misionera. En el s. XVI se advirtieron las carencias de este sistema —excesivamente sacramentalizador y escasamente evangelizador—, pero no las superó el uso del *Catecismo Romano*, destinado a párrocos como ayuda de formación de adultos en su proceso madurador de fe. Cuando modernamente se extendió la escuela, se generalizó la religión escolar, sumándose esta posibilidad al proceso de iniciación cristiana de niños y adolescentes, cuyas debilidades y deficiencias se vieron posteriormente.

Como sabemos, la renovación contemporánea de la catequesis de adultos en el interior de un proceso catecumenal se produjo después de la segunda guerra mundial, cuando aparecen nuevos ambientes descristianizados (clase obrera y ámbito intelectual) y se despierta una onda misionera de conversión, gracias a los movimientos apostólicos especializados, a los curas obreros y a las religiosas en barriadas. El catecumenado existente en algunos países africanos de misión y la necesidad de preparar al bautismo a candidatos adultos convertidos gracias a dicho movimiento misionero (sobre todo francés) en las décadas de los cuarenta y cincuenta, exigió una revisión de la catequesis antigua, reducida al catecismo de niños, a la religión escolar de adolescentes y jóvenes y al adoctrinamiento de adultos mediante el sermón de la misa dominical. En esta nueva catequesis de jóvenes y adultos también contribuyeron los movimientos especializados de Acción Católica, necesitados de una síntesis viva y actual de fe para sus militantes.

Algunos importantes documentos recientes del magisterio han prestado importancia a la catequesis de adultos y al mismo catecumenado. Recordemos las decisiones del Vaticano II ², las conclusiones de las Semanas Internacionales de Catequesis entre 1960 y 1968, el documento de catequesis en la Conferencia de Medellín en 1968, el *Directorio General de Pastoral Catequética* en 1971 (n. 19 y 20), la exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* en 1975

² Especialmente la constitución *Dei Verbum* sobre la revelación (n. 21-26) y el decreto *Ad Gentes* (n. 14) sobre la actividad misional. Ver además SC 64 y CD 14.

(n. 44 y 52), el Mensaje del IV Sínodo de los Obispos al pueblo de Dios sobre la catequesis en 1977 ³, el documento de catequesis de la Conferencia de Puebla en febrero de 1979 y la exhortación apostólica *Catechesi Tradendae* de octubre de 1979.

3. EL PROCESO CATECUMENAL EN LAS «PROPOSICIONES» DEL IV SÍNODO

El n. 30 de las *Proposiciones* del IV Sínodo de Obispos lleva por título *Conveniencia de los procesos catecumenales* ⁴. Lógicamente se trata esta cuestión después de abordar en el n. 29 las *pequeñas comunidades que catequizan*. Respecto de los procesos catecumenales, abordan las *Proposiciones* del IV Sínodo dos cuestiones importantes: el proceso de reiniciación con bautizados y la iniciación en una verdadera experiencia comunitaria de la vida cristiana.

a) *El proceso de reiniciación con bautizados*

Según J.M. Estepa, secretario técnico del IV Sínodo sobre la catequesis (1977), este sínodo «juzgó que los *procesos catecumenales* tienen hoy un lugar imprescindible en la iniciación de los cristianos en la fe. Un proceso educativo eclesial no puede concebirse hoy como un mero proceso *cognoscitivo*, sino como un *itinerario vital*» ⁵. Las *Proposiciones* de dicho Sínodo sostienen la conveniencia de que «surjan *diversos métodos de iniciación en la vida cristiana* para no bautizados y, *sobre todo*, para un gran número de bautizados que no han recibido una adecuada educación cristiana en la fe». Poco a poco se toma conciencia de la «necesidad de que hoy el proceso de catequización tenga *inspiración catecumenal*». Se trata de un «catecumenado para bautizados» o «neocatecumenado», no de un «catecumenado en sentido estricto». Esta actividad pastoral corresponde a un trabajo previo denominado «segunda evangelización» o «re-evangelización».

El término *re-evangelización* aparece oficialmente por primera vez en Medellín (1968) cuando, al trazar los criterios teológicos de la pastoral popu-

³ Cf. *La catequesis de nuestro tiempo. Documento del Sínodo de los Obispos*, PPC, Madrid 1978.

⁴ Cf. M. Matos, *Sinopsis para un estudio comparativo de la Catechesi Tradendae con sus fuentes: Actualidad Catequética* 96 (1980), Proposición 30.

⁵ J.M. Estepa, *La catequesis en nuestro tiempo. Principales líneas de fuerza del Sínodo 77: Actualidad Catequética* 86 (1978), 103.

lar, se propone una «pedagogía pastoral que asegure una seria re-evangelización de las diversas áreas del continente» (cap. 6, n. 2). El *Directorio General de Pastoral Catequética* de 1971 emplea este mismo término, al constatar que la fe cristiana «ha pasado una grave crisis» a causa de la identificación de la religión con las clases sociales acomodadas, del costumbrismo religioso superficial, de la unanimidad cristiana impuesta sin libertades y del ascenso creciente de la increencia. Es necesario —afirma dicho documento— «fomentar una adecuada re-evangelización de los hombres, de obtener su re-conversión, de impartirles una más profunda y madura educación en la fe» (n. 6). Entendida la re-evangelización como evangelización segunda a los bautizados para que hagan personal su fe y acepten la conversión cristiana, vuelve a encontrarse este concepto en el Sínodo de Obispos de 1974. Fue precisamente el entonces cardenal Wojtyła quien habló de la «re-cristianización» de los bautizados o evangelización «ad intra», en contraposición a la evangelización «ad extra» dirigida a los paganos en las misiones. En Puebla se habla de una «nueva evangelización» (Puebla, n. 36), al constatar la necesidad de «atender a situaciones más necesitadas de evangelización» (n. 364).

Es un hecho, repetido hasta la saciedad, la existencia numerosa de bautizados que no creen ni practican, de practicantes ocasionales que no creen (asisten a bautizos, primeras comuniones, bodas y funerales), de creyentes que practican con una cierta regularidad pero no están evangelizados y aun de católicos asiduos a la eucaristía dominical que poseen una deficiente evangelización y catequesis. De ahí que se hable de un concepto análogo de evangelización. A diferencia de una evangelización primera, la segunda se dirige al pueblo de los bautizados en países de tradición cristiana.

b) *La iniciación en una verdadera experiencia comunitaria de fe cristiana*

Las *Proposiciones* del IV Sínodo entienden como experiencia comunitaria de la vida cristiana la «experiencia de comportarse cristianamente, de obrar, de celebrar litúrgicamente, de reflexionar comunitariamente sobre el mensaje cristiano», junto a la «experiencia de integrarse en la totalidad de la vida de la Iglesia». Sin comunidad —magistralmente definida ahí— no hay proceso catecumenal adecuado.

Para llevar a cabo este proceso, denominado «gran servicio al pueblo de Dios», las *Proposiciones* hacen dos importantes sugerencias:

- 1.^a Es necesario «tener en cuenta la edad, el nivel de fe, de adhesión a la Iglesia y el grado de conocimiento del mensaje cristiano que tiene cada uno de los que están en esta situación catecumenal». Además «conviene basarse en los valores que cada uno confiesa y en las experiencias humanas en que está inmerso».

Los candidatos al catecumenado llegan al proceso de iniciación o de re-iniciación con una experiencia religiosa y cristiana, a veces nada desdeniable. Incluso pueden tener unas reflexiones de tipo teológico, más o menos maduras, sobre su propia experiencia, que deben ser asumidas. La sugerencia de tener en cuenta a los candidatos descarta aquel tipo de re-iniciación que propone un modelo único de catequesis kerigmática para todos, sin valorar la edad, la cultura y la experiencia personal religiosa de los convertidos. La advertencia de basarse en los *valores* personales significa que no se deben contraponer los valores cristianos a los humanos, como si éstos fuesen siempre deficientes o de segundo grado. La fe se encarna en determinados valores, que pueden variar con las culturas, los lugares o los tiempos.

- 2.^a Los «pastores», es decir, los responsables de la Iglesia, deben suscitar y animar «estos intentos» o impulsar «esta actividad tan necesaria como difícil»; promover la coordinación y el diálogo y ejercer «el discernimiento necesario».

Aquí se apela, en primer lugar, a una corresponsabilidad de todos los interesados en el quehacer del complejo proceso catecumenal. En segundo lugar, los pastores deben *impulsar* y no frenar estas experiencias, fomentando la creatividad. Por último se habla de *discernimiento*, que equivale a dejarse juzgar por el Espíritu, sopesando con equidad, escuchando y dialogando. En este punto, el documento aludido señala un espíritu de libertad y de creatividad admirables.

3. EL PROCESO CATECUMENAL EN *CATECHESI TRADENDAE*

El n. 23 que lleva por título *catequesis y comunidad eclesial* no responde, en realidad, a ese título, sino que trata de la relación entre catequesis y liturgia. En dicho número se afirma que «la catequesis está intrínsecamente unida a toda la acción litúrgica y sacramental». Dicho de otro modo, «la catequesis está siempre en relación con los sacramentos». Se explica esta afirmación, ya que *CT* identifica «catecumenado e iniciación a los sacramentos del bautismo y de la eucaristía». De este modo, al denominar a la catequesis

de iniciación «forma eminente de catequesis», queda empobrecido el proceso catecumenal, reducido a una preparación sacramental. Está claro que sin catequesis litúrgica, «la vida sacramental se empobrece y se convierte muy pronto en ritualismo vacío», pero la catequesis catecumenal es más amplia que la estrictamente litúrgica. En este número de *CT* no sólo hay ausencia de sentido comunitario, sino que no se desarrolla suficientemente el carácter compromisual de la catequesis con la sociedad. El proceso catecumenal no es mera preparación a un sacramento, sino educación de fe para la vida cristiana en medio del mundo. En general, los documentos oficiales sobre catequesis no prestan la debida importancia a la dimensión política de la fe, a saber, a la catequesis liberadora.

La exhortación *CT* habla poco de catecumenado; lo menciona (n. 23) al afirmar que «conoce una renovación» en los antiguos países cristianos y que «se practica abundantemente en las jóvenes Iglesias misioneras» (n. 23). Pero en este punto, *CT* es mucho más pobre que las *Proposiciones* del IV Sínodo, en donde el catecumenado, como ya vimos, es «iniciación en una verdadera experiencia comunitaria de la vida cristiana» (*Proposición* 30).

También se advierte a veces en *CT* un concepto de catequesis de tipo doctrinal y deductivo; se centra, es cierto, en el «kerigma evangélico», pero se entiende como transmisión de «verdades que se profundizan», con el fin de «conocerlas mejor» para que sean, ciertamente, «decisivas en la vida» (n. 25). En definitiva, la catequesis es en *CT* «enseñanza de las fórmulas que expresan la fe» (n. 25). Cuando trata de la *catequesis de adultos*, denominada «forma principal de la catequesis», afirma *CT* la importancia de la «participación directa y experimentada de los adultos» y la necesidad de iluminar «las realidades temporales de las que ellos son responsables». No obstante, esta apreciación contrasta con el sentido de catequesis catecumenal de las *Proposiciones*, en donde se valora mucho más explícitamente la experiencia humana y el bagaje religioso del catecúmeno, hasta el punto de situar el proceso catequético dentro de una pedagogía inductiva.

Es de justicia reconocer la tipología enriquecedora de *CT* cuando habla de *cuasi catecúmenos* (n. 44), a saber, «adultos que tienen necesidad de catequesis». Señala cuatro tipos: 1) Los catecúmenos estrictos de «regiones todavía no cristianizadas». 2) Los que fueron catequizados en su infancia pero luego se alejaron. 3) Los que recibieron una catequesis «precoz, pero mal orientada o mal asimilada». 4) Los que «nunca fueron educados en su fe» a pesar de haber nacido en «países cristianos».

El número correspondiente a las *catequesis diversificadas y complementarias* (n. 45), relativamente pobre, sugiere que son «destinatarios de la cate-

quesis» adultos de «cualquier edad» y condición ambiental o social, hasta tal punto que «nadie debería sentirse dispensado de recibir la catequesis» y que la catequesis de adultos debe llevarse a cabo con seriedad y creatividad.

4. EXPERIENCIAS ESPAÑOLAS DE PROCESOS CATECUMENALES

En las *conclusiones* del sector de trabajo «educación en la fe de los adultos», que se constituyó en el congreso *Parroquia evangelizadora* de 1988, se afirma de entrada que «muchos adultos de nuestras parroquias necesitan un proceso serio de fundamentación de su fe»⁶. Ahí se aboga por «una catequesis orgánica (y sistematizada) de inspiración catecumenal para quienes necesitan ser iniciados en la fe» o por «un proceso educativo para hacer surgir un cristiano con fuerte talante misionero». Respecto de los candidatos, los objetivos de este *proceso* son descritos así: 1) «encuentro personal con Jesucristo» en orden a una conversión; 2) «descubrimiento de la comunidad»; 3) «visión nueva de la vida» y 4) «compromiso en la construcción del Reino entre los hombres». Para que este proceso sea *catecumenal*, deberá asumir estas características: 1) «ser potenciador de la vocación bautismal»; 2) «que parta de la realidad y la ilumine con la escucha de la palabra, propiciando la conversión constante»; 3) «que anime al grupo al que se dirige a la vivencia y celebración de su fe» y 4) «que lleve a un compromiso abierto al mundo y al hombre de hoy».

Estos deseos, admirablemente descritos, contrastan con lo que en este campo se hace en la realidad pastoral. Hay en nuestras parroquias —reconoce el congreso sobre la parroquia evangelizadora— «pobreza del anuncio explícito del evangelio hecho a los increyentes», dificultades de establecer «una catequesis orgánica de inspiración catecumenal», «poca calidad misionera de las homilias» y escasa «incidencia misionera de los grupos parroquiales».

Con todo, hay publicados en España diversos materiales para llevar a cabo el proceso catecumenal, promovidos principalmente en las diócesis de Madrid, Cataluña y Baleares, Euskadi y Navarra, Murcia, Huelva y Málaga⁷. Este material, sorprendentemente rico en amplitud de miras, corresponde a comunidades todavía minoritarias, que optan por una pastoral misionera y catecumenal en contraste con un gran número de parroquias en las que «predomina una pastoral de mantenimiento, mayoritariamente sacramental, con pocos gestos significativos para el hombre de hoy y sin suficiente imaginación y audacia para el anuncio»⁸.

⁶ Congreso *Parroquia evangelizadora*, Edice, Madrid 1989, 217.

⁷ Cf. mi libro, anteriormente citado, *Para comprender el catecumenado*, 194-196, y mi artículo *Procesos de iniciación a la fe: Pastoral Misionera* 164 (1989) 91-99. Ahí analizo varias publicaciones de catequesis de adultos de inspiración catecumenal.

⁸ Congreso *Parroquia evangelizadora*, op. cit., 219.